

LA CARIDAD.

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Los productos líquidos de este SEMANARIO se entregarán al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis para su distribucion entre los Establecimientos de Beneficencia de esta capital.

SUMARIO.

La flor de Valdereal, novela original inédita de la Sra. D.^a Faustina Saez de Melgar.—A Siria, poesia por D. Nilo Maria Fabra.—Impresiones de un baile de máscaras, por J. J. J.—Revista, poesia por D. F. H. de M.—Dos cartas, poesia por M.—* * *.—Solucion á la charada inserta en el número anterior.—Charada.—Correspondencia.

ADVERTENCIA.

Al darse á la persona encargada por el Director de este Semanario, la nota de las producciones que debian insertarse en el número 9, equivocó involuntariamente una titulada *Dos Cartas*, por otra que con el mismo título existe en esta redacción y publicamos hoy.

Esta lamentable equivocacion no solo ha dado lugar á comentarios mas ó menos justos, sino á que el Excmo. Sr. Gobernador de la Provincia haya mandado embargar y retener los ejemplares de dicho número, imponiendo además una crecida multa que pagará el culpable. Elogiamos sobre manera este acto de celo, tanto mas cuanto que está en perfecta consonancia con nuestros sentimientos.

Prueba de que el artículo en cuestion no estaba para publicarse, es de que aun no habia sido presentado á la censura eclesiástica á la que sometemos siempre sin escitacion, cuantos escritos se nos presentan que puedan aunque ligeramente rosarse con nuestro santo dogma.

MATILDE

ó

LA FLOR DE VALDEREAL.

NOVELA ORIGINAL.

DEDICATORIA

á la Señorita

D.^a MATILDE ARGÜELLES TORAL Y FLEVIA.

Mi querida amiga: no hace mucho ofrecí dedicar á V. una

novelita; hoy cumplo mi promesa, poniendo al propio tiempo á mi heroína el bello nombre que V. lleva.

La ruego vea en ello un testimonio del sincero y especial cariño que la profesa su apasionada amiga.

Faustina Saez de Melgar

CAPITULO I.

Preliminares.

Era un hermoso dia de primavera, en esa turbulenta y borrascosa época de la guerra civil, cuando el partido carlista se agitaba furioso, sembrando doquiera el terror y la desolacion.

En el centro de la alcarria y situada en una llanura que atravesaba un riachuelo, alzábase una pintoresca aldea, si asi puede llamarse á un grupo de veinte ó treinta casas que la formaban.

A su inmediacion y en la eminencia de una pequeña colina distinguíase una magnífica casa, castillo feudal en otro tiempo, pero despojado de todos sus atributos señoriales y reconstruido cien veces por sus numerosos descendientes, habia llegado á la época á que me refiero, á ser una especie de quinta rodeada de huertas y alamedas donde los últimos herederos de la ilustre casa de Valdereal vegetaban tranquila y pacíficamente.

Componíanse estos de un anciano orgulloso y altivo como todos los de su raza, su esposa, señora buena y caritativa aunque enteramente conforme con las ideas del marido, y dos hijos; un varon y una hembra. El joven Hernan tenia igual carácter que su padre, era militar, y como todo buen español en aquellos tiempos, se hallaba en Cataluña defendiendo el trono de Isabel II.

La niña Matilde, era un ángel, fresca y rosada

como la aurora, blanca y pura cual la azucena, con cabellos negros, ojos de terciopelo y cutis de raso.

Sus quince años y su belleza la hacían encantadora, sus virtudes adorable. Era muy frecuente verla acompañada de su anciana nodriza recorriendo la reducida aldea, llevando á los pobres y á los enfermos consuelos y limosnas.

Apenas la conocían por su nombre, todos la llamaban la Flor de Valdereal, ó simplemente señorita. Habíala designado con tan poético nombre un joven hermano de leche de Hernán que se había criado en el Castillo.

Era costumbre inmemorial el designar con este título la casa de Valdereal, aunque ya fuese todo menos lo que indicaba su nombre; empero habíalo sido antiguamente, seguía perteneciendo á la misma familia y la aldea había recibido de él su denominación.

Proseguiremos describiendo la localidad, á fin de que el lector conozca el teatro de los sucesos antes de hacer íntima relación con los personajes.

Separaba el castillo de la aldea unos cien pasos, esta la atrevesaba según he dicho, un riachuelo juguetón y cristalino en primavera, convertido en torrente en invierno, y en verano asemejándose á una estrecha y plateada cinta.

A su derecha y casi besando las aguas se alzaba la ermita de nuestra Señora de Gracia.

Era un pequeño santuario pobre y desmantelado, sin más adorno en sus blancas paredes que algunos cuadros de escaso mérito, varias cruces y una escultura que representaba el Cristo del Perdon.

En el altar donde se hallaba colocada la imagen de la Virgen se veían algunos jarrones con flores, vasos de porcelana, candeleros con velas de cera, y otros adornos, regalo todo de la señora del castillo.

También se ostentaba una preciosa sabanilla, magníficamente bordada y guarnecida de encaje, obra según lo que oiremos más adelante, de la encantadora Matilde.

Nada más de notable se observa en la ermita; saliendo de ella, se ven á la puerta unos poyos de yeso: enfrente un paseo de árboles que conduce á la aldea, á su izquierda un extenso monte al que precede el Castillo, á la derecha el riachuelo, coronado de plantas y de flores, inmediato un molino con su ruidosa cascada, su casita rústica, rodeada de grandes árboles, más lejos viñedos, olivares y una dilatada vega donde verdean los trigos y las cebadas creciendo robusta y lozanamente las hermosas espigas.

En el centro del grupo de casas que forman la aldea se alza un sencillito campanario, es el de la modesta y pobre Iglesia donde concurren diaria-

mente los aldeanos, atraídos por la dulce y persuasiva elocuencia de su anciano pastor, digno cura párroco que desempeñaba sus funciones en Valdereal desde su juventud.

Habita una casita contigua á la Iglesia. Como vamos á conducir al lector á ella, la describiremos antes.

Compónese, de un patio pequeño rodeado de pararas y enredaderas, un portal, grande, á la derecha la cocina, á la izquierda la sala con una alcoba, enfrente una puerta que conducía á otras habitaciones y á la corraliza.

La salita era cuadrada con una reja al campo sin más adornos que una docena de sillas de paja, un sofá, una mesa, sobre la cual había un crucifijo encerrado en una urna y dos candeleros con velas.

Junto á la reja un estante de pino, lleno de libros religiosos, cerca una mesa, cargada de papeles, y á su lado el sillón de roble con asiento y respaldo de cuero que ocupaba generalmente el cura.

Las paredes recién blanqueadas hacían resaltar una docena de cuadros que representaban escenas sagradas.

Sin embargo de que era primavera, aun se sentía bastante frío, y con todo el piso de la sala, como el de las demás habitaciones estaba enladrillado, limpio y lustroso, pero sin estera. La pobreza y humildad del buen párroco no le permitían este lujo superfluo, y por calentarse un poco los pies se había sentado junto á la ventana, recibiendo los rayos del sol, que penetraban hasta el centro de la habitación.

Era imposible contemplar una vez al noble anciano, sin sentir una especie de respetuosa veneración imposible de contener. Su fisonomía expresiva, dulce y franca, era la imagen de su alma tiernísima y bondadosa.

—Buenos días; dijo una mujer entrando en la sala.

—Muy buenos, hija mía, le contestó el buen cura, dejando sobre la mesa el breviario en que leía.

Era la recién venida alta, gruesa, representaba unos cincuenta años, y tenía los cabellos casi blancos, sujetos en la nunca en forma de castaña. Sus ojillos negros, rebelaban esa penetración poco común en las gentes de su clase, y sus maneras bastante finas y distinguidas denotaban que tenía costumbre de tratar á personas de una esfera más alta que la suya.

Vestia un hábito de estameña de color de pasa, por lo cual, y por la correa y el escudo conocíase que era del Carmen.

Un delantal de percal, y un manton de lana completaban el traje, aumentando un pañuelo de seda

ceniciento con que cubria sus bien peinadas canas.

—Ha ocurrido alguna novedad?

—No señor; porque lo pregunta usted?

—Me estraña verla tan temprano por la aldea. Eran las ocho de la Mañana.

—Vengo con recado de los señores á prevenir á V. que será el casamiento mañana.

—Se han decidido por fin?

—Si señor; el novio tiene mucha prisa, se le figura que le van á quitar la alhaja; ¡Valgame Dios! señor cura, y que cosas se ven en el mundo, ¡quien me habia de decir que esa criatura tan hermosa, tan angelical se casaria con ese mal hombre! si yo que la he criado con mis pechos, y la quiero como si fuera mi hija, no puedo sufrirle; cada vez que le miro me dan impulsos de ahogarle.

—Usted se engañará quiza; cuando los señores consienten en la boda tendrán sus motivos para ello.

—Por que los tiene engañados; es un hipócrita, embustero; sabe mas que Merlin y así les ha trastornado á todos el juicio.

(Continuará)

À SIRIA.

No ois lejanos ecos
doquier de las montañas repetidos
por los peñascos huecos,
entre sí confundidos
de armas, caballos, voces y alaridos.

¿Y mas y mas creciente
el bélico rumor de armas y voces,
allá por el torrente
de muslines feroces.
no distinguís los blancos albornoces?

Al verlos ¡ay! de mi alma
el terror del presagio se apodera,
y perdida su calma
miro cual acelera
el hijo del desierto su carrera....

¿Mas que misterio encierra
el confuso rumor, la gritería,
el estridor de guerra
que triste el eco envia
cual el rujido de la mar bravía?...

Muchedumbre apiñada
hiende las calles de Damasco en tanto,
y con voz sofocada
por acerbo quebranto
lanza mil ayes de dolor y espanto.

¿No llega á vuestro oido
del gentío la voz desgarradora,
el mísero gemido
del infeliz que llora,
el grito universal que al Cielo implora?

Ya dejando los valles
los beduinos cual rápida trahilla
se internan por las calles,
y su feroz cuchilla
en inocente sangre se amancilla.

La virgen ruborosa
resistir no pudiendo la carrera,
del que doquier la acosa,
de hinojos ¡ay! le espera
á los cielos mirando lastimera.

Y la madre á sus hijos
quiere ocultar ante el verdugo, inerte,
en él los ojos fijos
presenta el pecho fuerte
para librarlos de la aciaga muerte...

Ay! todos son horrores!.....
¿no ois el estertor de la agonía
y esos vagos clamores
de salvaje alegría
que el rio de sangre el vencedor envia?

Tu gérmen es maldito
hijo de Agar, que en la árida llanura
vives de Dios presito
allá do la luz pura
de un sol ardiente sin cesar fulgura.

¡Oh raza envilecida!
fieros sectarios del falaz Mahoma!

muy breve es vuestra vida
que cual la antigua Roma
vuestro poder nefando se desploma!

Al salir de su cuna
con régia magestad brillo altanera
de Islam la media luna,
mas su tumba la espera
en el vasto arenal donde naciera.

Un día fuiste asombro
siendo de pueblos mil dominadora,
mas ¡ay! á vil escombros
la mano destructora
de las edades te reduce ahora.

¡Muslim! Dios te maldijo
al porvenir fijando su mirada,
¡ay de tí y de tu hijo
la sangre derramada
con el crimen, tus razas anonada!

Al abismo profundo
se despeña buscando otras regiones
el luminar del mundo
y negros nubarrones
se truecan en fantásticas visiones.

Ya la noche es llegada
y el funeral silencio del olvido!
nada se escucha, nada;
tan solo interrumpido
del raudo viento el tétrico gemido.

Todo reposa muerto
en esa noche plácida y serena
y la horda del desierto
del rico botín llena
tranquila vuelve á su región de arena!..

NILO MARIA FABRA.

Madrid.

IMPRESIONES

DE UN BAILE DE MÁSCARAS.

Los salones B... se abrían en la noche del

primer día de Carnaval en 186... para servir de templo á la diosa Terpsícore; la alegre juventud de ambos sexos se apresuraba á tributarle culto y quemarle un aromático incienso en el pebetero de los placeres. A él corrí ansioso, en busca de nuevas emociones, deseando volver á experimentar los efectos de un cariño verdadero.

Aislado entonces, como la solitaria palmera en el desierto, sin compañera que con su sola vista le vivifique, me encontraba sin afecciones, sin tener en quien desahogar los sentimientos de mi corazón, sin una fiel confidente en quien pudiera hallar alguna expansión mi alma y me consolara en mis aflicciones, sin una hermosa en quien depositar mis mas dorados pensamientos, mis mas risueñas esperanzas, mis mas recónditos secretos, que me enseñara en el horizonte el brillante lucero del porvenir, y sin una divinidad á quien adorar: mi imaginación. á causa de mi vida monótona, necesitaba de impresiones, con las cuales se desarroyara lo que se llama vida moral, pero una vida activa, llena de accidentes, de ilusiones, de sombras que me acompañasen en mi soledad, y que entre deslumbrantes vapores, me brindasen amor, felicidad y paz.

Tal era mi estado en la noche que las siguientes impresiones tuvieron lugar.

Paseábame por los espaciosos salones, pensando en las bromas y diálogos amorosos, que bajo sus bóvedas habrían resonado: contemplaba sitios en que años anteriores disfrutara de las delicias que me proporcionó la mujer que amaba, y cuyos juramentos de fidelidad se habían desvanecido como ligeras nubecillas que impelidas por el viento, desaparecen en la inmensidad del espacio.

Mas quise abandonar á estas ideas y puseme á examinar varias de las personas que vagaban por mi alrededor.

La careta ocultaba, tal vez, simultáneamente las facciones del mas enamorado joven y de la mas inocente virgen, lo que sin duda ansiarian conocer ocultos pensamientos.

Ví amantes que se miraban dulcemente, y en el fuego del amor, parecia que querian transmitir sus inspiraciones, y con ellas unirse para nunca separarse. Tan pronto se presentaban á mi vista un soldado escocés, llevando del brazo á una Madame Montepan, un bizarro Templario á una graciosa andaluza, un aldeano de los Alpes á una D.^{lla} de La Valliere, un inspirado trovador á una tímida beata, y esa desarmonia en los trages y las costumbres que los trages representaban, componían un conjunto que admiraba, y cuando alguna hermosa se cansaba de la máscara, hacia ver su rostro resplandeciendo su belleza, como el sol despues de abandonarle un manto de nubes. Los sonoros acordes de una viva polka se dejaron oír, y á su compás se lanzaron como tocados por un hilo eléctrico, innumerables parejas á respirar los perfumes que la diosa les proporcionaba.

Entre todas aquellas sílfides por singular sim-

patia descubrí una, é irresistiblemente me acerqué á reconocerla. Sus maneras eran delicadas, su figura elegantísima, su aire distinguido y su difraz sencillo en extremo, el que realzaba y sobresalía, á mi gusto, entre otros mas recargados de adornos que á su lado habia. Un rico vestido negro ceñía su delicado cuerpo, una cinta cerrada por una caprichosa hebilla rodeaba su pequeña cintura; de una lijera toquilla blanca y rizada, colocada de manera que dejase ver una frente como la nieve de la que nacen cabellos cual el oro y ondulantes, partía un ancho y largo manto tambien negro, sujeto con dos gruesas agujetas del mismo color; unos estrechos y finos guantes acababan este hábito. Por un movimiento de curiosidad, fijó en mí sus penetrantes ojos lo que me causó gran sensacion. No pude por menos de dirigirme á ella y le rogué me concediese la primera polka.

En el entretanto, ofrecíle mi brazo el que aceptó. Al solo contacto con el suyo, sin saber por qué y aunque queria dominarme, un temblor apenas perceptible, se apoderó de mis nervios. ¿Efecto de qué era esa turbacion tan extraña que experimentaba? ¿Amaba por ventura á una muger que no conocia? Quise sobrepornarme y abandonando la timidez que deseaba desechar, entablé conversacion, que ella siguió con gran facilidad, lo que me encantó; una amabilidad estremada hacia ver en ella y mostraba su elevado carácter; su timbre de voz era dulcísimo y al escucharlo me embelesaba. Me habló de mi pasado, contóme mis amores y parecia interesarse por mi futura suerte. ¿Quién era este querube, que así venia á evocar los recuerdos de mi juventud, á inspirarme un afecto que necesitaba para despertar mis dormidos sentimientos y para ser quizás mi arcángel de consuelo?

Traté averiguarlo y profundicé cuanto pude, hablándole con el lenguaje de la razon: pero en vano: una repentina idea cruzó como un relámpago mi frente, viniendo á atormentarme por algunos instantes. ¿Si á esta muger no le acompañase sus cualidades físicas con las morales y no fuese tan hermosa como me figuro, sufriría cuando conociese la realidad? Mas bien pronto las deseché, porque segun me habia ilusionado, poco me importaba la cara que tras el antifaz se ocultara, entónces pensaba mas espiritualmente y su candor me tenia entusiasmado.

Los armoniosos sonidos de la música vinieron á distraerme, y abrazándola con suavidad estaba tan loco de amor, que hubiera querido de su vida y la mia, no hacer mas que una.

Llegó á tal punto mi arrebató, que apesar de no haberla conocido, le hubiera declarado la passion que sentia, si no hubiese temido decaer á sus ojos.

A causa del calor quitóse el guante izquierdo y pude ver una preciosa mano blanca, ligeramente teñida por los matices de la rosa; en el dedo anular lucia una sortija esmaltada, con un dia-

manete en su centro, lo que me causó un no sé qué inesplicable, temiendo no fuese recuerdo de algun hombre que le hubiese entregado su corazon. Le supliqué me diese una señal para poderla hallar mas adelante y amarla sin obstáculo, y me entregó un perfumado ramo de violetas emblema de modestia cuyo aroma al aspirarlo me estasiaba; pero no contento con poseer este tesoro que para lo futuro en nada creia podria influir, le pedí nuevas luces para obtener mi objeto y cuando lograba convencerla á que se descubriese y me otorgase una cita, tuvo que abandonar el salon.

Miré el reloj; eran las cinco y media: el tiempo me pareció haber pasado con una prontitud inmensa. Fuertemente afectado por la influencia que ejerció en mí su digna conversacion y sublimes pensamientos, abandoné aquel recinto, en el que aun se oia la algazara, de que pocos momentos antes habia participado y que ya me hastiaba por no estar al lado de mi querida máscara.

Hace próximamente un año que las impresiones que mas arriba describo tuvieron lugar.

Desde entonces, he buscado frenético á la muger que con la careta habia sabido grangearse mi cariño, mas inútilmente; no deben estar sus sentimientos generosos reservados para mí; la seguiré buscando, y si no la encuentro, tengo en lo mas recóndito de mi pecho, un lugar destinado á rendir culto á ese ser espiritual que en mi volcánica imaginacion me forjó el cual se ha elevado á etéreas regiones. Y ya que he descornado el sutil velo que en parte ocultaba mi delirio, me complazco en adorar moralmente, á una criatura angelical de 15 años, rubia, blanca como el arminio, colores de rosa, dientes de marfil, aire elegante, constante en su cariño, con un alma grande y compasiva. Esta vision celestial no me abandona nunca y acompañándome á todas partes, me consuela en la lucha que tengo empeñada, entre la realidad y la ilusion.

J. J. J.—REMITIDO.

Málaga.

REVISTA.

I.

Lectora, cual se sabia
un baile el lunes se dió,
mi amiga Concha asistió
y me contó al otro dia
lo que os refiero aquí yó.

Con lujo y finura puesta
llena de luces y flores
é innumerables primores,
la casa estaba dispuesta
por sus galantes señores.

—
Viéronse lindos vestidos.
de caprichosos tegidos;
golas de finos encajes
y ricos y antiguos trages
con elegantes prendidos.

—
Los hubo de *cantinerá*,
de *Luis catorce*, de *día*,
de *page*, de *jardinera*,
de *noche*, de *espigadera*,
de *aldeana* y de *judía*.

—
Cármén con trage de cola
dábale el brazo á un *torero*,
y Enriqueta de *manola*
á un gallardo caballero
que iba á la antigua *española*.

—
Julia con trage de *griega*
valsaba con un *marino*,
y vióse en un *remolino*
á Paulina de *pasiega*
entre un *abate* y un *chino*

—
Para abreviar, con un *page*
Concha bailó media hora:
este le pisó su trage
y á ella le dió tal corage
que á no contenerse... llora.

II.

Cual nos anunció en su día
el *Correo de Andalucía*
que es el diario que leo;
nueve bailes dió el Liceo
y fué á los nueve María;

Pollita que me enagena
y por su amor desvario;
de negros ojos, morena,
y bella cual la azucena
que crece á orillas del río.

—
Mas cuenta, amables lectoras,
como ella en los nueve estuvo,
que de infinitos colores
trages elegantes hubo
y adornos de lindas flores.

—
Que por causa de un embrollo
entre un niño, una polluela
y mi cuñada Manuela;
calabazas le dió á un pollo
la noche segunda Adela.

—
Mas que el pollo, por fortuna,
las recibió tan sereno,
que en vez de tomar veneno,
aquella noche, á la una
bailaba de gozo lleno.

—
Que á mi amiguita Paulina
al salir, si es que no miente,
se le declaró un teniente
que le hace el oso en la esquina
que de su casa hay en frente.

—
Que de ensortijadas greñas
y carcomida levita,
le pidió un pollo una cita.
que le estuvo haciendo señas
á mi amiga Teresita.

—
Que mi otra amiga Mercedes
por cuyas sonrisas muero,
bailó con un caballero
que preso quedó en las redes
de su amor puro y sincero.

—
Y en fin que la animación
en todos duró hasta el día,
y que al salir con su tía

del elegante salon,
detrás llevaba un espía.

III.

Aunque sin sedas ni encages
salvo algunas ecepciones,
con felpudos y escobones
se han improvisado trages
para distintas reuniones.

Mas de esto hablar no podemos
porque de acostarse es hora,
breves, muy breves seremos
y este escrito concluiremos,
con dos palabras... lectora.

Su espeso manto de luto
la cuaresma desdobló;
ya la algaraza cesó.....
rindámos pues un tributo
al que en la cruz espiró.

En las Iglesias entremos
con recogimiento santo,
la voz del cielo escuchemos
y arrepentidos oremos
de dolor vertiendo llanto.

No á las niñas ni á sus dueñas
concurramos á admirar,
sino en silencio á escuchar
sin risas, sin hacer señas,
al que vaya á predicar.

No en sus puertas nos paremos
á ver salir á la gente,
y esta costumbre quitémos,
que desde el principio vemos
es poco digna y prudente.

Que al bullicio y confusion

le ha sucedido la calma,
á la risa la oracion,
y al baile la Comunión
santo alimento del alma.

Y á fé que es justo que oremos
para aquietar la conciencia
que algo intranquila tendremos;
y solo en la Penitencia
su pronto alivio hallaremos.

F. H. DE M.

Málaga 6 de Marzo.



DOS CARTAS.

«Elisa, hará cinco meses
que yo estaba sano y grueso,
pero desde que te vi
me voy quedando en los huesos.
Por el día no descanso
y por las noches no duermo,
padezco sino te miro
y sufro cuando te veo.
Este es el quinto billete
que se ha comido el correo,
esta la quinta esperanza
y el desengaño postrero.
Si no recibo respuesta
pienso abandonar el puesto,
que para admirar tus gracias
hay en Málaga un paseo.
Adios, pues, encanto mio,
joya del hispano suelo,
boca que nunca me habló,
ojos que nunca me vieron.
Lloraré mucho por tí
pero me queda el consuelo
de que «bienaventurados
los que en la tierra jimieron»
que si no te gano á tí
me espongo á ganar el cielo.
Adios, labios encendidos,
adios, niña por quien muero,
adios mirada de estío,
adios corazon de invierno.
Ya tu sabes quien te escribe
ardiendo de amor su pecho,

si alguno tu me conservas
que me respondas te ruego.»

Ella recibió la carta
pagó su cuarto, la abrió
y despues escribió otra,
como vá á continuacion.

«Déjese V. amigo mio
ese padecer inmenso
porque si V. no lo deja
se lo hará dejar el tiempo.
Recibí todas sus cartas
que en estas noches de invierno,
le confieso la verdad,
bastante me distrajeron.
Varias amigas opinan
que tiene V. buen talento,
y en fin, Paco, que es V.
en todo jóven modelo;
pero hay esa simpatia
que yo ni se ni comprendo,
que si yo se la he inspirado
no me inspirais lo confieso.
He contestado su carta
llore V. mucho, lo siento,
mas permitame le diga
que á la par tambien me alegro,
«pues los que en la tierra lloran
van al reyno de los cielos;»
Pero como V. merece
el que yo le dé algun premio
por sus constantes visitas
á los cristales del cierro,
le permito me dedique
de cuando en cuando algun verso
siempre que no me tutee
como acostumbrais hacerlo,
que esa licencia poética
me hace sufrir de los nervios.

Tales la contestacion
que la jóven le regala
y que se publica hoy
por voluntad de la dama.

MÁLAGA.—Remitido.

Motivos ajenos á nuestra voluntad nos obligan
á no dar hoy la reseña del magnifico baile de tra-
jes dado en casa del Sr. Clemens, cuya reseña de-
jamos para el siguiente número, pues nos hemos
propuesto que conste en las columnas de nuestro
Semanario la memoria de tan brillante reunion.

Solucion á la charada del número anterior.

DOLORES me causa amores,
y es tan simpática y bella
que solamente por ella
sufriera dos mil dolores.

J. L. B.

REMITIDA.

CHARADA.

Segunda y primera se encuentra sentada
en rico, alfombrado, magnifico Harem;
y en tristes endechas el alma angustiada,
los aires llenaba, dolorida á fé.

Era que el estrago sintió de mi todo:
un instante solo para ello bastó;
—malditos mis ojos, la infeliz decia,
¡quien me lo diria! mi dicha cesó!

R. B. DE C.

Málaga.

CORRESPONDENCIA.

Sr. D. L. R. (colaborador) Madrid.—La linda poe-
sia que nos remite «Los ojos negros» verá la luz en
el próximo número.

Sra. D.^a F. C. del R. y P. (colaboradora) Ma-
drid.—Se ha recibido su poesia «En un Album»
y en breve será insertada.

Editor responsable, D. Rafael Martos.

MÁLAGA.—Imp. de D. FRANCISCO GIL DE MONTES,
Calle de Cinteria, n. 3.